

//Entrevistas//

El asombro como motor escriturario

Entrevista a Mario Melnik

Tamara Mikus¹

Recepción: 23 de julio de 2018 // Aprobación: 10 de agosto de 2018

Los ecos de un paisaje sin fronteras se dejan oír en los textos de Mario Melnik², la construcción poética de un paisaje armónico, mayor, signado por lo natural, que está vivo y puede sentirse a través de las palabras. El espacio atraviesa al sujeto en su experiencia al considerarlo centro de la misma, eje de sus percepciones a la hora de relacionarse con el mundo y consigo mismo. Se construye como fuente desde la cual emanan sus interpretaciones acerca de la existencia, miradas, pareceres, ritmos. No implica lo natural en su labor poética un elemento decorativo ni artificioso. Por el contrario, manifiesta un modo de expresión artística, cuyo uso revela al hombre en estado de percepción continua, de conexión constante con el terruño, que combina lo visual con lo auditivo, una mirada sensorial, sinestésica, que hace de las imágenes construidas, manifestaciones del sentir y del pensar del sujeto.

La poesía de Melnik es emanación, expansión permanente de la percepción de un espacio mayor, entendiéndose este calificativo como cuestión grandilocuente, suprema, que nunca se termina de abarcar, pero en la cual están siempre las respuestas para un sujeto que intenta captarlas, y que se maravilla y calla ante lo que percibe. Como en la infancia, el hombre de los versos melnikianos se asombra pues de lo que percibe, asume con actitud humilde un aprendizaje constante. Es en ese sentir donde se apoya para su búsqueda de *sentido en sentido*. En este caso, la presente entrevista se propone como *continuum* de exploración por el universo poético del escritor tucumano.

1 Licenciada en Letras por la Universidad Nacional de Tucumán. Becaria del CIN. Miembro del IILAC de la Universidad Nacional de Tucumán, Argentina. E-mail: tamymikus@gmail.com

2 Mario Melnik nació en 1958 en Concepción, Tucumán. Es profesor de inglés, traductor y bibliotecario. En su juventud, participó en eventos poéticos organizados por los grupos de artistas a los que perteneció (JOETUC y Polymnia); de hecho, publicó en dos antologías: *Espacios y Espejos* (Tucumán, Ediciones JOETUC, 1987) y *Amanecer de Esquinas* (Tucumán, Edición Grupo Literario Polymnia, 1988). Como producción autónoma, publica *Palabrara* (Tucumán, Ediciones Magna, 1999), *De sentido en sentido* (Buenos Aires, Ediciones Grupo Editor Latinoamericano Nuevo Hacer, 2008) y *Un latido en la voz del viento* (Córdoba, Alción Editora, 2014).

Tamara Mikus (TM): ¿Qué puede contar acerca de aquellos años en los que participó de los grupos *Polymnia* y JOETUC (Jóvenes escritores tucumanos)?

Mario Melnik (MM): En JOETUC yo me incorporo ya por la segunda etapa del grupo, allá por el año 1983, de intensos cambios políticos. Funcionó aproximadamente entre 1983 hasta 1989. Desapareció muy pronto. Fue una experiencia muy linda que convocó, sobre todo con la vuelta a la democracia en esos años. Fue una explosión. Esta gente, que surge de la Facultad de Letras, junto con la de Ciencias Económicas, representó el grupo más fuerte de expresión. Éramos un montón de miembros, dado el nivel de convocatoria, pero era a través de un proceso de selección por el cual algunos podían publicar. Todo eso después decantó, no todos siguieron. Fue una escuela para mí. Tenía compañeros con los que nos reuníamos entre dos y tres veces por semana. Hicimos mucha experiencia con la escritura automática. Nos identificábamos con los surrealistas, más que nada con sus prácticas escriturarias. El manifiesto de *La Carpa* fue muy polémico, era nuestro Norte.

TM: ¿Se reúne en la actualidad con sus antiguos compañeros? De ser el caso, ¿son encuentros específicamente literarios?

MM: Con el grupo JOETUC ya no. En el caso de *Polymnia*, somos amigos, así que nos reunimos regularmente todos los años. Hablamos actualmente de cosas diversas, no sólo de poesía, aunque aquí todos son lectores. Incluso, una de mis compañeras es pintora; otra es Profesora de Letras jubilada.

TM: ¿Cuáles autores de *La Carpa* leyó?

MM: Hay un autor que es un gigante, Manuel José Castilla. Un gran poeta universal que con el tiempo va trascendiendo y construyendo un espacio desde su lirismo musical –escribía letras para canciones mayúsculas del folklore argentino–. Se conocían con el “Cuchi” Leguizamón, autor salteño. En algún momento su poesía será reconocida como tiene que ser por el público mayoritario. Aunque es importante reconocer que las nuevas generaciones lo tienen a Castilla como referente si piensan en literatura argentina.

Otra gran poeta de *La Carpa* es María Elvira Juárez, la leí muchísimo. También leí a Arturo Álvarez Sosa, pero que no formaba parte del grupo, así como a Inés Aráoz.

TM: ¿Comparte con ellos lineamientos escriturarios?

MM: Totalmente. Debo agregar a Jaime Dávalos, quien también compuso música y seguía los lineamientos de *La Carpa*. La letra de su música es cosa mayor. Viendo lo que yo hago siento que estoy en el mismo lineamiento seguido por los autores de *La Carpa*, y no porque yo me lo proponga. En ese sentido siempre he hecho las cosas libremente, sólo surge y eso es lo que escribo.

TM: ¿Qué otras influencias literarias puede reconstruir?

MM: Siempre supe que quería escribir versos libres. Otro autor que me parece fundamental es Walt Whitman, poeta mayor en esa cuestión. Así como él se debe a su *Hojas de Hierba*, yo me debo a su poesía. No me nace escribir siguiendo formas clásicas, nunca pude. Quizás intente, pero no pude.

Dentro de la poesía latinoamericana, César Vallejo es un horizonte infinito para mí. En el campo de la escritura femenina, una autora a quien considero importante es Alejandra Pizarnik. Leí con mucho esmero a Octavio Paz, Borges, Neruda. De la poesía inglesa, considero grandes a William Blake y a T. S. Elliot, a quien leí en profundidad y en repetidas oportunidades. La ficción de Joyce me gusta mucho. También leí a García Márquez, Cortázar, al *Boom*. Tengo una deuda personal con la lectura de las generaciones de escritores posteriores a ésta. Hay autores españoles y latinoamericanos que hasta este momento he podido leer muy someramente. Me encantaría leer los textos de Gómez Bolaños.

TM: ¿Cómo puede describir su relación con la escritora tucumana Inés Aráoz?

MM: A Inés la conozco desde el año 1986-87, aproximadamente. Fue para invitarla a un evento que hacíamos con el grupo *Polymnia*, muestra de pintura y poesía integrada; Angelina Rosatti que hacía las ilustraciones, y poesía también, y los demás que hacíamos poesía dentro de esas ilustraciones. Entonces, había ido a invitarla a su casa. Yo ya había leído cosas de ella como su libro *La ecuación y la gracia* –buenísimo– y tenía mucha curiosidad por conocerla. Ella fue a la presentación y a partir de ahí establecimos un vínculo; yo le llevaba cosas mías, ella las leyó, se interesó mucho por lo que yo hacía. Charlamos muchísimo sobre poesía. Ella es una poeta de entrañas. De alguna forma siempre nos mantuvimos en contacto. Cuando yo estaba por publicar un libro, le llevaba el material y lo leía. Yo también leía lo que ella iba sacando, intercambiábamos opiniones. Sí, Inés fue una amistad muy valiosa.

Hay algo fundamental que nunca te comenté. Todas las artes se nutren de las otras artes. En particular, la música la considero fundamental, me gusta mucho como arte. Escucho mucha música. Si bien no dice en palabras, ese lenguaje que tiene dice mucho en mí. Sobre todo con el asombro, asombro ante la vida, ante el arte, logra la música tener particularmente mucha influencia en mí.

TM: ¿Qué música escucha? ¿Toca algún instrumento?

MM: Juan Sebastián Bach. Es muy inspiradora para mí su música. Lo he seguido por muchos años y lo sigo haciendo. Por supuesto, me gusta mucho ese folklore como el de Castilla y Leguizamón, el de los hermanos tucumanos Núñez, de Yupanqui. A Yupanqui lo he leído mucho, a

su obra escrita; es muy recomendable. No toco ningún instrumento. Capaz si hubiera aprendido de chico...

TM: Como escritor, puede decirse que hace del lenguaje su propio instrumento ¿Qué piensa acerca del arte? ¿Y de la literatura?

MM: Yo pienso que en mi caso el arte, y también la literatura, te dan una forma de conocer la realidad que está muy relacionada con el sentido y el sentir, con la visión del mundo, con el cosmos. Así como está la experiencia religiosa profunda, que hay gente que la tiene, yo creo que el arte es una forma de atravesar fronteras de la realidad y abrir espacios más allá. Es un modo que es muy válido, una función del arte. Como pasa también con la ciencia, por ejemplo, los grandes hallazgos científicos de Einstein o de Newton, no sé, tanta gente increíble, que ha abierto fronteras buscando otra explicación para la realidad. ¿Sí? Porque algo no cerraba y había que seguir. Yo creo que el arte con la ciencia se parecen en ese sentido.

TM: ¿Cómo concibe su propia creación poética?

MM: Mi poesía es aquello que asombra y busca una forma para ser transmitido.

TM: La lectura de sus poemas da cuenta de una clara presencia del paisaje y el espacio construido. ¿Qué puede decir acerca de esta línea escrituraria?

MM: Es que hay un querer ser el paisaje. Es un deseo de ser el paisaje mismo, es lo que siento. Así como lo vivía Whitman, por ejemplo. Ser la piedra, ser el río, ser la montaña, el cielo... integrarse con todo eso en una sola armonía. Es también como la supresión de la individualidad también. ¿No? Y ser parte de ese todo. La subjetividad claro que nace en el poema, pero al momento del asombro, de la emoción, uno debe estar muy receptivo a abrirse a eso y dejar que llegue, que impacte. Es algo nuevo que hay que incorporar, que hay que darle cabida.

TM: ¿Cómo se evidencia la influencia neo-romántica en sus poemas?

MM: Siento sobre todo en esa concepción que la poesía, como así también el arte, tiene que madurar y darle su tiempo para que salga. Ese "no gusto" por sentirse encasillados, creo que sería lo romántico, lo posromántico.

TM: ¿Cree que hay cierta influencia indigenista en su obra?

MM: Mira, si existiera esa influencia en mi obra me sentiría orgulloso y feliz porque amo la cultura andina, me encanta. Hubo un momento en mi vida en donde he recorrido muy profundamente la zona del noroeste, he recorrido mucho la Puna y los Valles Calchaquíes. Me interné mucho tiempo en esos lugares, aprendí mucho de su gente, de esa religiosidad, de su cosmovisión. Yo pienso que tiene que ver con cierta capacidad de asombro, cierta capacidad de

asombrarse ante algo que puede ser recurrente, pero que te muestra otra cosa nueva. Creo que poder asombrarse es importante para poder encontrar esa lectura.

TM: ¿Hay algún lineamiento filosófico que guste seguir? ¿Comulga con la metafísica?

MM: No sé, hubo un tiempo en que leía la filosofía de los existencialistas, también leí a los idealistas, me nutrí de varias cosas, no sé si quepo en alguna en particular. Leí a Heidegger, por ejemplo, a Jaspers. También leí al filósofo judío Martin Buber. Son ellos tres los que más me impactaron.

TM: ¿Cuánto y cómo impacta el asombro al momento de escribir?

MM: El asombro como lo planteo es ante la lectura de la realidad, ante la lectura de una obra de arte, de una poesía, de la música. Como los románticos decían, la poesía es la emoción recogida o cosechada en la tranquilidad. Existe el momento del asombro que es difícil de expresar en ese instante cabalmente; hay que dejar decantar, que pase el tiempo, y cuando surge, está maduro y tiene más sentido que si uno lo hiciera de buenas a primeras ante el asombro.

Las cosas que me asombran en la vida son los gestos –muchas veces cotidianos– que nos hacen crecer como humanos, el lenguaje de las palabras y el musical, el espectáculo de la naturaleza, los misterios del cosmos.

TM: ¿Qué lo motiva a escribir?

MM: Hay que remontarse a la fuente desde la que uno comienza escribiendo, la base de lo que uno hace. En mí ha resultado importante el contacto con la naturaleza; el hombre con la naturaleza es un motor en mi poesía. Lo relaciono con la época de mi infancia, momento en el que más he estado en contacto con ella. Esos primeros años de mi infancia... el hombre de la montaña, la montaña misma, la naturaleza en ese contexto.

TM: ¿Hay algún paisaje o anécdota que pueda reconstruir?

MM: El paisaje de Las Estancias en Catamarca, en el lugar Buena Vista, donde nos íbamos de vacaciones. Mis padres alquilaron una casa por siete u ocho años aproximadamente todas las vacaciones. Estábamos un mes o dos meses. Esa experiencia, las vivencias de mi infancia, es lo que más me marcó. Ese cielo, ese río, esa montaña, la gente que circulaba por esa casa. Una parte se alquilaba, y la otra le pertenecía a la dueña, persona a la que he querido mucho, quien invitaba a su gente, a su familia, y realizaban mateadas junto con nosotros. Mi papá es de ahí, de Las Estancias de Catamarca, donde pasó su infancia y su adolescencia. De él heredamos los hijos el amor por ese lugar.

Otro paisaje que rescato mucho es la zona del Aconquija, La Laguna del Tesoro. El lugar,

ese entorno, sintetiza muchas cosas; tiene un magnetismo impresionante. Es un lugar especial, y la gente que ha ido percibe la misma experiencia. He ido muchas veces y cada vez me asombro más. Poder acceder al territorio es difícil hasta el día de hoy porque, primero, no hay un camino bien marcado, y segundo, hay que conseguir los permisos de los dueños de los terrenos que se niegan a darlos, a veces no dejan ingresar a nadie. Pero, en este momento, se está tramitando para que esa zona sea oficialmente el “Parque Nacional Aconquija”, donde entraría tanto la laguna como las altas cumbres que están allí cercanas. Va a estar más protegido, teniendo en cuenta los desmontes que se han producido en la zona, y por fin la gente que ama el lugar podrá acceder libremente.

Con respecto a Concepción, lo pensaba como el lugar donde empecé a escribir poesía, de donde surgió gente muy valiosa para mí, entre ellas una que me escuchó, me aconsejó y me contactó con otras personas. Mi maestra, Joya Musa Villafañe. Por su casa desfiló mucha gente importante de Concepción, incluso artistas que asistían a los festivales folklóricos de fines de los sesenta, comienzos de los setenta, como Mercedes Sosa, Atahualpa Yupanqui. Perdí el contacto con mi maestra al venir a estudiar y a vivir aquí, en San Miguel de Tucumán, pero siempre rescato esos comienzos, esas primeras vivencias que fueron muy importantes para mí.

TM: ¿Cómo se produce el proceso de su escritura poética?

MM: Me surgen imágenes y sensaciones muy fuertes que me piden que las ponga en palabras. Necesito hacerlo, y de aquellas emociones e imágenes, como surgen, trato de escribir lo más cabalmente parecido. Empiezan a surgir metáforas, o pequeñas ideas que las pongo y de las que se encadenan otras, y así empiezo a escribir un texto largo. Luego vuelvo, lo reviso, fijándome que tenga música; el sentido debe estar bien logrado también. Hay palabras que pesan más que otras, por lo que saco algunas y pongo otras, buscando palabras guías que reflejen el impacto que sentí en su momento.

Por supuesto, el trabajo escriturario es necesario. Son muy raras las ocasiones en que surge un texto que apenas retoco. Generalmente pesa más el trabajo de escritura, sin olvidar que primero debe estar el asombro por sobre todo, el cual debo transmitir. Quiero transmitirlo y debo buscar la mejor manera, porque debe estar bien hecho, que lleve un mensaje donde se refleje ese asombro. Resolver la cuestión de forma y fondo, ese delicado equilibrio que es difícil de lograr.

Yo pienso que mi poesía es muy visual. ¿Sabés? Estudié fotografía un tiempo en la Facultad de Artes. La imagen tiene mucho que decir para mí, y no porque la persiga para que en el poema lo visual surja. Es algo que me sale naturalmente.

TM: ¿Qué piensa acerca de la imagen del árbol como eje de su concepción poética?

MM: Hay un árbol en Las Termas que me encanta y que le dediqué un poema y que habla sobre un algarrobo. Cada vez que lo leo siento que es mi hermano, como si lo quisiera abrazar. Es tan hermoso, tan bello, grande y vital. Lo que me gusta es su presencia, es el ser del árbol, su fortaleza que vos sentís que te llega, que te impacta, y sentir que sos uno con él. Es un hecho fortuito en el acontecer del cosmos que ese árbol y yo seamos una persona, bien podría ser yo él y él podría ser yo. Eso siento en *ese* momento.

TM: ¿Hay una suerte de conciencia de lineamiento estético, de construcción literaria?

MM: Yo creo que ante el asombro... uno se asombra y luego lo vuelcas, ¿cierto? Ahora, si uno encuentra el modo de expresarlo lo más cabalmente posible, hay que retorcer el lenguaje para que esa forma, esa emoción o ese asombro tenga más fuerza. Como, por ejemplo, hace Vallejo. Al lenguaje hay que darle la vuelta o hacerlo saltar por algún lado. Yo a veces trato de hacerlo. ¿Cómo digo esto? ¿Qué hago con este sustantivo, con este adjetivo? ¿Lo pongo, no lo pongo? ¿No? Por aquí va mi planteo. Si esto significa que estoy haciendo una renovación de algo... Yo creo que cuando el artista se encuentra a sí mismo, habla, encuentra su lenguaje. Si alguien encuentra un cambio, depende del lector; no fue *ex profeso* renovar, cambiar algo.

TM: ¿Crée en la capacidad de la poesía para transmitir un mensaje universal?

MM: Totalmente. Vallejo representa una prueba de ello. Alguien que, completamente alejado de las corrientes europeas, allá por 1922, logra publicar *Trilce* mucho antes que los surrealistas y los vanguardistas europeos. Publica una obra maestra en la alquimia del lenguaje, no sólo por el trabajo con la forma, sino también por su contenido que es igual de fuerte. Ello trasciende y llega a lo universal.

TM: ¿Qué piensa acerca de los términos universalismo, regionalismo y cosmopolitismo? ¿Cree que son compatibles?

MM: Creo que cuando la poesía o la expresión artística son genuinas es capaz de atravesar estas barreras, por lo que hablar de estas categorías pierde sentido. Es el caso de Vallejo o de Neruda, quienes hablan de su Perú o de su Chile natal, y no los están pensando en términos de cosmopolitismo o regionalismo, lo que vuelve el mensaje de sus obras universal. No quiere decir que no haya notas regionalistas, como en la poesía de Vallejo, pero escapa totalmente a la categorización.

TM: ¿Considera que construye un espacio universal en su poesía?

MM: El mensaje del manifiesto de la hermosa gente de *La Carpa* es casualmente hacer trascender lo regional a lo universal, y eso es lo que a mí me interesa. Tampoco es algo que me

propongo, surge, y por eso me identifico con ellos. Cuando tengo trabajos a publicar o publicados, los analizo y pienso que estoy en la frecuencia que ellos planteaban. Y más que seguir un objetivo que ellos recomendaban, es mi posición en la vida la que está en concordancia con su mensaje.

TM: Si nos detenemos en la aparición cronológica de sus libros, se evidencia un salto temporal de aproximadamente diez años entre ellos. ¿Percibe cierta madurez escrituraria, algún cambio en la mirada poética?

MM: Por supuesto. Hay cambios. Por ejemplo, este último libro siento que está más logrado con respecto a los anteriores. Sin embargo, en aquel primer libro mío también se percibe cierto asombro, asombro ante el hecho de la palabra; siempre lo releo. Mirando en retrospectiva, me alegro de haber escrito sobre tal o cual cosa. En esto lo puedo decir con confianza, he tenido más satisfacción con *éste* que con el anterior.

TM: ¿En qué etapa escrituraria cree encontrarse?

MM: Yo creo que sigo buscando y voy a seguir buscando. No sé si llegué a la madurez, no me planteo eso, sino que tengo que seguir buscando. Buscar la forma de que cada vez sea mejor expresar aquello que me asombra. Para mí es importantísimo acercarte a cualquier hecho de la vida con asombro. Es una apertura enorme porque vos recoges muchas cosas así.

TM: Cuando tiene en cuenta al público lector, ¿en quién piensa? ¿Posee alguna imagen de un lector ideal?

MM: No sé si tengo un público al que me gustaría dirigirme, pero si pienso que me agradaría recibir una devolución, establecer un diálogo con alguien que me diga “me gustó lo que escribiste acá” o “esto me conmovió”. Es sentir que el poema fue logrado. Hay una resonancia entre esa persona y yo, y considero eso lo más importante. Y si hay mucha gente que siente al leer lo que yo sentí en el momento del asombro, mejor todavía (Risas). Los románticos también tenían esa concepción de realizar textos bien logrados y de allí lanzarlos. No escribo para nadie en especial. Prefiero la conexión con esa otra persona que siente o le gusta algo de lo que escribo.

TM: ¿Qué piensa acerca del campo literario regional? ¿Y sobre la relación de Buenos Aires con el llamado “interior” de modo estigmatizado?

MM: Yo creo que es una cuestión muy asimétrica. Creo que Buenos Aires se lleva la parte legal, y que deberíamos fortalecernos regionalmente, entre nosotros estar más nucleados, que es lo que creo que yo hice *con esta gente*, y que veo que los chicos jóvenes lo están haciendo ahora, y esas cosas hay que apoyarlas. Quizás sea una forma de trascender, de lograr que se proyecte más de las fronteras a nuestras comarcas. Pero por supuesto hay gente receptiva en Buenos Aires, que

también está interesada en lo que uno hace, y se acercan y preguntan, pero es cierto que las políticas culturales, gubernamentales, en cuanto al manejo del dinero como Buenos Aires que está muy privilegiada. Los prejuicios sobre considerar de modo peyorativo la literatura del interior es sólo de algunos, hay malas literaturas de ambas partes así como buenas. Si vos pones a Castilla o a Dávalos, son poetas tan grandes como lo ha sido un Leopoldo Marechal. No hay forma de decir que uno fue mejor que el otro, para mí. Lo han hecho con honestidad y sinceridad al arte, se han esmerado muy en serio. Es lo que importa, trabajar seriamente.

TM: ¿Cuán lejos piensa que estamos de pensar nuestra literatura regional como literatura argentina?

MM: Yo creo que no estamos lejos de eso, sobre todo por este fenómeno entre comillas de la “globalización”, porque tenemos a mano muchas cosas ahora. Ningún poeta, ya sea porteño o tucumano puede decir que está aislado. Te vas a un sitio web, a un blog, y puedes decir, por ejemplo, que estás leyendo lo mejor de la poesía norteamericana en este momento, o la alemana, o la poesía inglesa. Estar dispuesto a asombrarse ante todo eso estamos dispuestos todos. Yo creo que a la larga va a terminar borrando esas diferencias, de que unos son mejores que otros, o que el epicentro pasa por acá y no por allá. Creo que está pasando de alguna forma ahora, por ejemplo, conozco a una poeta tucumana muy buena que está en contacto con grupos de Rosario, o sea, esa apertura me parece interesante; y no sólo ella, estoy seguro que muchos chicos de hoy en día se están conectando con otra gente que nosotros en su momento no nos hubiera conectado, por distintas razones, geográficas, Internet –a lo sumo nos conectábamos con gente de Salta y Jujuy–.

TM: ¿Implicó una dificultad buscar quién editara sus libros? ¿Piensa que la poesía como género literario resulta de interés para las editoriales?

MM: En realidad no fue difícil conseguir un buen editor para mis libros, particularmente es el caso de los dos últimos. Siempre traté de ver que se trate de sellos editoriales que tengan una cierta difusión en el medio. El factor económico también “orientó” un poco mis decisiones respecto de este tema. Lamentablemente hoy en día la poesía es un género que en lo que al aspecto editorial se refiere –hablo, claro, de la edición en papel– sólo tiene cabida en la acción de algunos editores quijotescos que conocen y aman la poesía. Sólo eso puede explicar que se arriesguen a intermediar entre los autores y sus lectores. Dejo fuera de estas consideraciones el caso de los escritores popes en las grandes editoriales.

TM: ¿Qué puede comentar acerca del campo literario de la región del NOA? ¿Conoce algo de lo que se escribe actualmente?

MM: Estoy conectado con mi amigo Pablo Dumit, quien recibe en su casa a mucha gente, en la que desarrolla talleres de escritura. Me agradan los Cafés Literarios organizados por la Facultad de Filosofía y Letras de la UNT. Considero que la poesía actual es muy diversa, y hay muchos buscando su propio camino escriturario. Cuando veo a estos chicos y chicas jóvenes en la búsqueda de su palabra, pienso en la época nuestra de los años ochenta, cuando también estábamos buscando nuestro camino, un norte que nos oriente y que nos permita que florezcan las cosas que uno tenía por decir. Nosotros lo conseguimos, por lo que hay que abrirles las puertas a las nuevas generaciones.